



**DECLARACION
DEL
EXCELENTISIMO SEÑOR
MARTIN TORRIJOS ESPINO
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE PANAMA**

**Debate general del quincuagésimo noveno
período ordinario de sesiones de la Asamblea General
de las Naciones Unidas**

Nueva York, 22 de septiembre de 2004

Señor Presidente;
Señor Secretario General;
Señores Delegados:

Quisiera iniciar mis palabras con una felicitación muy especial para Jean Ping, Ministro de Relaciones Exteriores de Gabón, por su elección como presidente de la Quincuagésima novena Asamblea General de las Naciones Unidas. Igualmente deseo expresarle al Secretario General, Kofi Arman, el reconocimiento de mi país por sus poderosas e inspiradoras palabras del día de ayer.

Miles de mis compatriotas, señor Presidente, sufren hoy los embates de la naturaleza. Inundaciones nunca antes vistas, han llenado de luto a numerosas familias y el país entero se ha volcado hacia ellas en una muestra de solidaridad conmovedora. Con el alma en Panamá al lado de los damnificados y de las familias de las víctimas, he venido a Naciones Unidas porque esa tragedia en mi país pone aún más de relieve la necesidad de atender con urgencia el problema de la pobreza.

Naciones Unidas se concibió como un mecanismo para prevenir las guerras y restablecer la paz. Hoy todos países del mundo tienen que sentir que en las Naciones Unidas se viene a resolver problemas, y no solo a plantearlos. Para ello la Organización debe reformar sus estructuras.

Desde hace algunos años, jefes de Estado y de Gobierno han insistido, desde esta misma tribuna, en esa necesidad, y el Secretario General ha acometido con entusiasmo esa iniciativa. Yo quiero unir mi voz a la de ellos, para que nos decidamos, de una vez por todas, a acometer una reforma que no puede esperar más, so pena de que los pueblos pierdan la fe en la Organización de las Naciones Unidas.

Nosotros no necesitamos un organismo con esplendores pasados, sino una organización con futuro, capaz de atender los más graves problemas mundiales. Para ello resulta imperativo hacer más representativos sus principales órganos.

Hoy existen conflictos políticos y confrontaciones armadas en todos los continentes. No existe una sola región del mundo donde imperen la paz y la concordia. Son conflictos regionales, y algunos internos de los países, pero no por eso menos cruentos. Existe, sin embargo, un conflicto que reviste dimensiones universales, y que por lo tanto requiere de soluciones universales.

Me refiero al hambre y a la pobreza, que fue objeto de una reunión en la participamos más de 60 gobernantes, decididos a enfrentarla con todos los instrumentos a nuestro alcance. No creo necesario ahondar en la cifras dramáticas de la pobreza. Pero hago mías las palabras del inspirador de ese encuentro, el presidente de Brasil, Luis Ignacio Lula da Silva: la paz nunca podrá surgir de la pobreza y del hambre.

En América Latina los peligros de una interrupción de la democracia por los golpes militares han disminuido significativamente. No son las divisiones del ejército los que ponen en peligro la democracia: son las legiones de pobres y desamparados los que pueden dar al traste con la institucionalidad democrática si sus necesidades mínimas no son atendidas.

Pero nos encontramos ante la contradicción de que entre más pobreza existe en un país, menos posibilidades existen de que salga de ella. Los países pobres se encuentran agobiados por la deuda pública. Millones de personas nacen hoy debiendo más de lo que van a ganar en toda su vida.

Esas deudas en muchos casos son el resultado de déficits fiscales del pasado, que no han resultado en beneficios tangibles para la población, ya sea por el exceso de burocracia, ya sea por proyectos deficientes, o ya sea por la corrupción.

Los problemas fiscales por los cuales están pasando la mayoría de los países de la región agravan el problema, porque privan de recursos a los gobiernos para satisfacer las necesidades mínimas de la población.

Ese diagnóstico no es nuevo. La década perdida de los ochenta fue el resultado de los mismos problemas, a los que se sumaron una crisis económica internacional y una ausencia de legitimidad democrática en la mayor parte del continente.

Pero hay diferencias innegables con aquella época. Pero una parte, en los últimos se ha generado una riqueza sin precedentes, pero al mismo tiempo ha aumentado el número de pobres. Por la otra, a pesar de que hoy son más los países que viven en democracia, cada vez son más los cuestionamientos que se le hacen como fórmula efectiva de resolver los problemas inmediatos.

La democracia, como sistema de gobierno, ha terminado por asociarse a las limitaciones de la gente, cuando en realidad, de lo que se trata, es que los gobiernos no han sido capaces de dar respuestas efectivas. El problema entonces no es de la democracia: es de los gobiernos.

Las ayudas directas a los gobiernos, en forma de deuda o donaciones no han sido suficientes, ni han sido eficaces para solucionar los problemas de la pobreza y la falta de crecimiento que pretendían solucionar.

Quienes tenemos la responsabilidad de gobernar y de ofrecer respuestas, no podemos olvidar que para una buena parte de la población la paciencia ha dado paso a la desesperación, y que la inmediatez de las necesidades exige en consecuencia soluciones también inmediatas, que no siempre están a la mano.

Ello nos obliga a hablar con claridad sobre los problemas, a administrar el Estado con transparencia y a combatir la corrupción, para ganarnos nuevamente la confianza de una población cansada de tantos engaños y frustraciones.

América Latina, señor presidente, requiere de una nueva agenda económica, que no esté basada en tirarle dinero a los problemas sociales, sino en comprender la naturaleza compleja de nuestros países e instituciones. Los procesos de cese de pagos, reestructuración y ajustes ya probó ser un proceso en el que la región perdió.

La nueva agenda debe pasar por una absoluta transparencia en la administración pública y en una obligación de rendir cuentas. Ese proceso de hacer más eficiente y transparente las administraciones públicas toma tiempo y recursos, pero los intereses de la deuda no cesan de acumularse, ni dejan de aumentar las necesidades de un gran grupo de la población.

Importantes segmentos de la población se ven marginados de los beneficios de una atención internacional porque pertenecen a países que, por virtud de las desigualdades que hacen engañosas las cifras, figuran en niveles de riqueza que no se compadece con la miseria en la que viven.

Por ello resulta indispensable unificar, a través de Naciones Unidas, los indicadores de nivel de vida que identifiquen inequívocamente a los grupos más pobres de la población.

Los avances en la reducción de la pobreza de estos grupos requiere de grandes esfuerzos y de recursos propios de los países pobres, que en alguna forma pudieran ser compensados con una reducción de la deuda pública por parte de los países acreedores o de las agencias multilaterales.

Propongo, en ese sentido, que los programas de crédito de las Instituciones financieras internacionales incluyan una cláusula de alivio a los intereses que se paguen en el futuro, si se cumplen las metas pactadas de reducción de la pobreza.

Este sería una manera de compensar los esfuerzos que realicen gobiernos con sentido de responsabilidad que necesitan aliviar la pobreza y cumplir al mismo tiempo con sus obligaciones financieras.

Las preocupaciones de la humanidad han dado giros dramáticos en los últimos años. Los patrimonios culturales de los países, las riquezas naturales, la biodiversidad, las especies animales en peligros de extinción, todos deben ser protegidos.

Pero en algunos casos parecen encontrar más fácilmente recursos económicos que los millones de seres humanos que mueren todos los días de hambre, o los que apenas sobreviven sin capacidad ni esperanza de llevar una vida digna.

Me uno al clamor de que la comunidad internacional diseñe y ponga en ejecución fórmulas audaces y generosas para enfrentar la pobreza.

Es una vergüenza que en la era tecnológica, en la que se han inventado cosas inimaginables hace apenas diez años, no hayamos sido capaces de inventar un remedio para

que millones de personas en todo el mundo salgan de esa vida infrahumana a la que las tiene condenadas la pobreza.

A veces pareciera que la ayuda internacional solo se mueve ante las tragedias inesperadas o los actos de terrorismo. Desde luego, cuando las naciones son víctimas de desastres naturales la ayuda internacional es necesaria y loable.

Pero no olvidemos que son muchos más los que mueren como resultado de la pobreza que los que mueren en la guerra y en los desastres naturales.

Señor Presidente:

Consigno con satisfacción que Panamá ha cumplido consigo misma y con la comunidad internacional en el manejo eficiente y seguro del Canal. Con idéntica responsabilidad manejaremos el futuro de esta importante arteria del comercio internacional, para que siga, como hasta ahora, abierto para los buques de todos los países del mundo.

Regreso a mi país con optimismo porque he visto determinación para combatir la pobreza, he sentido la solidaridad de la comunidad internacional ante las catástrofes naturales, y he renovado mi convicción de que cuando existen voluntad, mística y determinación, las más difíciles tareas sí se pueden realizar.